



CRITICA MUSICAL

Dos Conciertos

El quinto concierto de la Temporada Filarmónica empezó con el Stabat Mater, de Pergolesi. Conducidas por Juan Pablo Izquierdo cantaron Miryam Singer (soprano), Carmen Luisa Letelier (contralto) y voces femeninas del Coro del Teatro Municipal, preparadas por Jorge Klastornick. Un selecto grupo de cuerdas y el organista Luis González completaron el cuadro de intérpretes.

En las audiciones habituales, dicha obra parece, a menudo, mal trabada o dispar. Izquierdo, en cambio, consigue una versión unitaria, que eleva la partitura al nivel artístico que le corresponde.

La combinación de congoja y dulzura, característica de esta creación, estuvo maravillosamente lograda. La penúltima intervención del Coro subrayó eficazmente la dramática polifonía, y en el Amen final se obtuvo notable in-

tensidad del cromatismo. Algunos bajones iniciales de las tipleas desaparecieron en el transcurso de la ejecución.

Una labor muy hermosa hizo el maestro con las solistas y los arcos. ¡Cómo correlaciona, por ejemplo, los trinos de los violines y de la soprano en la primera aria! Miryam Singer exhibió del modo más favorable su material grande y bello, así como una manera de cantar expresiva e inteligente.

Oportunidades aún mayores de lucimiento ofrece Pergolesi a la contralto. Carmen Luisa Letelier corroboró sus ingentes virtudes, con disciplina admirable de la dinámica. Ella y el director crearon una atmósfera especialmente comunicativa en el "Fac, ut portem".

Los dúos recibieron una entrega impecablemente coordinada. Recordamos los matices entrañables de "Quis est homo"; la hermandad de las dos voces tan individuales, en "Juxta crucem"; los continuos cambios de timbre y expresión, según las exigencias del texto y la música.

Similarmente, las cuerdas tocaron veladas o punzantes como lo pedía el director, destacando con cariño cualquier detalle instrumental de interés. En suma, una interpretación cuidada, elocuente, que contó con el apoyo firme y discreto del órgano. Complementación de la velada fue la Sinfonía de César Franck.

En el Teatro Oriente, el programa del Cuarteto Esterhazy comenzó con el K. 421 (Re menor), de Mozart, y el Quinto Cuarteto del compositor James Willey, nacido en 1939. Alcanzamos a oír, después del intermedio, el opus 74 de Beethoven, que lleva el peregrino apodo "El Arpa" (por los arpeggios pizzicato en el desarrollo y la coda del Allegro).

Los integrantes de este grupo afiliado a la Universidad de Missouri —Eva Szelkely y John McLeod (violines), Carolyn Kenneson (viola) y Carleton Spotts (chelo)— son músicos a carta cabal. Ocasionales asperezas no disminuyen su arte ni su sensibilidad acrisolada.

Mostraron en la introducción un ensimismamiento sobrecogedor. En forma emotiva, con sonoridades cálidas (sin ser glutinosas) surgió el Adagio ma non troppo. Fino pese a su vitalidad se escuchó el Presto, y mucho encanto tuvieron las Variaciones.

También la página añadida, un movimiento de Alberto Ginastera, se benefició de los ritmos danzantes y el frescor que le imprimieron los cuatro excelentes artistas norteamericanos.

Federico Heinlein